

espléndido VII «Un tiempo de rebaños, de hornos olorosos», ya citado). Tiempo mítico (*un tiempo de oro con latido de oro*, nos dirá el poeta en *La viña salvaje*, pág. 29), recuperado a través de la memoria y del sueño.

El importante papel que desempeña la infancia en esta poesía, y en toda la obra del autor (recordemos algunos relatos de *Días en Petavonium*), ha sido destacado por el propio autor: «Yo creo que en ella está todo. La infancia es como una especie de fuente de la que, a la larga, mana todo. [...] Para mí una infancia pasada en el campo, en el medio de la naturaleza marca mucho. Esa época iba unida a ese tiempo cíclico, zodiacal, que ya se ha perdido.»<sup>10</sup>

La presencia del espacio primordial, de la Meseta, supone para nuestro autor un «regreso a los orígenes, al espacio fundacional, un espacio en armonía en el que el ser humano se hace preguntas o busca respuestas.» Se trata de una «recuperación de la interioridad; ya que el orden del mundo es algo que empieza en nosotros mismos».<sup>11</sup>

El páramo, la Meseta (así se define en *Los silencios de fuego*: «y arriba todo es cielo / y abajo todo es mar de tierra parda», pág. 91), es, para el autor, centro del mundo, espacio en el que todo vive entregado a su estar, en una gran pureza, como fuera del tiempo; es naturaleza, verdadera fuente de revelación, que en muchos momentos (como, por ejemplo, en la sección «El vacío de los límites», ASTR) provoca en el poeta un sentimiento de plenitud cósmica, y que despierta siempre los mecanismos de la memoria, la emoción y el ensueño; es también el ámbito en el que han cuajado obras humanas conseguidas, sobre todo a través de las realizaciones del arte (Astorga, Valle del Silencio, León, Toledo...); pero, a la vez, el lugar en el que se ha tejido una historia negra, en siglos oscuros, llena de cadáveres, de mazmorras, de crucifijos y espadas (visión que aparece, por ejemplo, en el canto XII de NMAN); y, desde luego, es el ámbito de las ruinas (palomares, pajares, adobes), en el presente, y de la dedicación a menesteres humildes (labranza, pastoreo). Mas pasado y presente parecerían ser el mismo tiempo, ya que se nos plasman como fusionados, en estos versos de la sección «Castrá Petavonium» (STAR):

*no pasa el tiempo pues que ayer sacó  
la reja del arado un gran brazo de bronce* (pág. 49).

Sería ocioso, por lo extenso, citar aquí todas las referencias al espacio originario en esta poesía. Aparte de los poemas y secciones indicados a lo largo de nuestra exposición, recordemos *Preludios a una noche total*; «Suite castellana» (ASTR); los cantos XV, XXIX, XXXI y XXXII (NMAN); «Regreso a Petavonium» (JDOR); o, en *Los silencios de fuego*, en fin, la

<sup>10</sup> Entrevista citada. pág. 6.

<sup>11</sup> Entrevista: Xavier Gafarot, «Antonio Colinas: «El poema ideal es un raro equilibrio entre la razón, y el corazón», en *Diario 16, Madrid, 13 de octubre de 1992*, pág. 40.

hermosa y última sección constituida por «Tierra adentro», en la que el lirismo y la emoción esencializada le dan un extraordinario fulgor a los poemas.

Aunque ya estaba presente, por ejemplo, en «Friso antiguo» (TYFT); o, como espacio histórico y vital, en bastantes poemas de *Sepulcro en Tarquinia*; el Mediterráneo aparece en la poesía de Antonio Colinas especialmente a partir de *Astrolabio* (1979), como una presencia que funde vida y obra, ligada, sin duda, con la residencia —que se prolonga hasta el presente— del autor en Ibiza.

Para el poeta —tal y como manifiesta en el preámbulo en prosa (ASTR)—, el Mediterráneo, el mar latino, es una fuente de luz «que aún asciende para nuestro equilibrio» (pág. 8).

Está visto, en esta poesía, como un espacio generador de revelación (luz) y de armonía. A él está dedicada la sección cuarta (ASTR), «Libro de las noches abiertas»; y en el poema «Viento que golpea la luna», de la sección indicada, el autor, a través de algunas preguntas, se manifiesta destinado desde su nacimiento a una búsqueda para terminar encontrando este espacio:

*¿Cuánto tiempo he pasado buscando esta tierra  
cercada por la luz?  
¿Acaso no persigo este espacio y su mensaje  
desde que abrí los ojos a la vida? (p. 70)*

El símbolo de la luz, que, a partir de este momento, se va a hacer de continuo presente en toda la poesía de Antonio Colinas, irá asociado con frecuencia al espacio mediterráneo, verdadero centro del mundo; y el mensaje que éste nos arrojará será rico y múltiple, como corresponde a un espacio luminoso, humanizado y humanizador, en el que ha cuajado una experiencia humana y una cultura plenas, que siguen arrojando mucha luz sobre la historia y sobre los anhelos y sueños del ser humano.

Bastantes de los cantos de *Noche más allá de la noche* están ligados, de un modo u otro, con el Mediterráneo; lo mismo que la sección segunda («Entre el bosque y la mar») de LSDF, en la que naturaleza, cosmos, símbolos esenciales (bosque, fuente, silencio, noche, luz, música, blanco, negro...) y elementos mitológicos, a través de la emoción reflexiva, se configuran como espacio (paraíso, jardín, Arcadia) y tiempo (Edad de Oro) míticos.

## El saber y el sentir

En numerosas ocasiones, y por parte de críticos y estudiosos, se ha tratado la poesía de Antonio Colinas como «culturalista». Creemos, sin

embargo, que, al enfrentarnos con esta obra, hemos de poner en cuestión dicho concepto, puesto que no nos vale, ya que enmascara y oscurece lo que esta obra es.

El lector, si se queda en ese plano, no va más allá de un decorado que lo distrae, ya que los elementos «culturalistas» en la poesía de Antonio Colinas no son sino un referente, una cáscara de la que hay que saber desprenderse para acceder a otra realidad que oculta. Ya que, tal y como ha expresado el propio autor, el arte, y, en general, cualquier referente cultural que aparece en su obra, no es sino «vía de conocimiento, acceso a la verdad no expresada»<sup>12</sup>; aspecto en el que ya hemos insistido. En este sentido, conviene insistir en que el «culturalismo» nunca está demás en esta poesía, ya que no es mero adorno, ni alarde, ni lujo gratuito, sino que, como vía de conocimiento, como llave de acceso a lo no expresado, nos está hablando, implícitamente, de lo hermoso conseguido por el ser humano, y nos está transmitiendo mensajes (universales humanos, como la belleza, el triunfo sobre la muerte, la lección de las ruinas, la armonía, etc.), que hay que desvelar; de ahí que constituya un elemento humanizador y civilizador, que el poeta pone de relieve.

Así, por ejemplo, si leemos poemas tales como «Simoneta Vespucci» o «Giacomo Casanova acepta el cargo de bibliotecario...» (ambos en STAR), podemos quedarnos con la mera anécdota «culturalista», o podemos traspasarla y captar aquello de que el poeta en realidad nos está hablando: de la delicadeza y belleza de una muchacha joven, en el primer caso; y de la vejez, decadencia y derrota vital de un hombre, en el segundo.

Hemos de entender que la cultura es una segunda naturaleza. Y Antonio Colinas incorpora a su poesía vivencias e inquietudes intelectuales y todo su bagaje cultural. De ahí que suscribamos las palabras de Guillermo Díaz-Plaja, cuando, al reseñar *Sepulcro en Tarquinia*, indica: «He aquí, pues, una cultura transformada en vivencias. Un “saber” que se integra en un “sentir”, a partir del cual puede surgir la efusión lírica.»<sup>13</sup> En la poesía de Antonio Colinas esta incorporación del *saber* a través del tamiz lírico del *sentir* nos parece algo claro, que de continuo se produce.

De este modo, la presencia en la poesía de nuestro autor de lo clásico grecolatino, de los mundos del arte, de la música, de la literatura, de la filosofía, de lo mediterráneo, de lo italiano, de lo europeo o americano, etc., diseminada por toda su poesía, hemos de entenderla como un mero referente y tomarla como vía de conocimiento, que nos da acceso a mensajes no expresados directamente, sino sugeridos a través de elementos como los indicados. Y hemos de entender también la rica polisemia que estos elementos llamados «culturalistas» nos transmiten.

<sup>12</sup> Basilio Baltasar. «El valor de lo auténtico. Entrevista con el narrador y poeta Antonio Colinas». en *El País Libros*, n° 349, Madrid, 26 de junio de 1986, pág. 1.

<sup>13</sup> Guillermo Díaz-Plaja, «“Sepulcro en Tarquinia” de Antonio Colinas», en *ABC*, Madrid, 21 de marzo de 1976, pág. 37.

## Motivos del jardín

El jardín, como espacio emblemático que alberga el mundo del sueño y del misterio, y a la vez como símbolo que cifra el centro al que hay que acceder a través de un camino de iniciación (la *escondida senda* luisiana), es un elemento que nos llega por la vía clásica (el espacio mítico de la Arcadia, ya citado) y por las diferentes vías místicas (las orientales y las semíticas, sobre todo) y que utiliza la poesía clásica española y también la actual, con significaciones que tienen que ver con lo indicado.

Requiere el acceso al mismo un itinerario de iniciación (*secretum iter*) y un despojamiento para recorrerlo y llegar al centro inaccesible. En la poesía de Antonio Colinas, ya en *Preludios a una noche total*, bajo una escenificación modernista en ocasiones, aparece la naturaleza como jardín, y el poeta, para acceder a él, al recinto cerrado para muchos, ha de abrir la cancela, de ahí que —siguiendo a Antonio Machado— exprese:

*Chirriaba agria la verja* (pág. 42).

La ensoñación (la noche, las estrellas distantes, las hogueras ardiendo, el río oscuro...) es la llave que le ayuda a entrar.

Y, a lo largo de toda esta poesía, descubrimos que el ámbito del jardín, que el ámbito paradisíaco, no es otro que la naturaleza (una naturaleza trascendida), que el cosmos total y pleno, que siempre alguien está fundando todavía.

Dentro de esta presencia continua del jardín, y asociado con ella, se encuentra *el bosque*, entendido como verdadero centro del mundo, y el hombre en él, centro a su vez con el solo estar, respirar, existir. Es el *bosque de mis sueños* (pág. 52, PUNT); el bosque del amor del poema «Sepulcro en Tarquinia» («a qué bosques, a qué palacios altos / me llevabas cuando nos encontrábamos», pág. 41); el bosque de *Noche más allá de la noche*; o el de *Jardín de Orfeo* («allí donde la ternura de tu cuerpo / era el límite de lo sublime», pág. 14; o en el que «el canto de la lechuza / vacía la noche, vacía el mundo», pág. 17). Implícitamente, el símbolo del bosque nos lleva a la figura del *emboscado* —siguiendo la terminología acuñada por Ernst Jünger—, es decir, del ser que, a contracorriente, asume el territorio de la retracción, en ese viaje iniciático hacia el centro, hacia lo esencial; figura nada ajena a la poesía de Antonio Colinas (¿no es acaso el emboscado el que nos habla en «Los cantos de Onice», en *Truenos y flautas en un templo?*).

Pero es también *el huerto* (en el canto XV de NMAN) «En el centro del páramo»; huerto en el que brota la palabra, la poesía («ignota / melodía